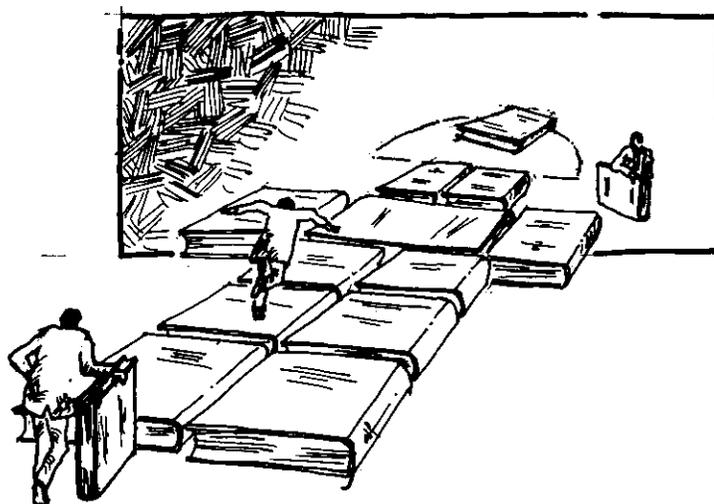


PRESENTACION DEL LIBRO

«Las Voces de la Patria»^(*)

Leonardo Arízaga Vega



La Asociación de Diplomáticos Ecuatorianos en Servicio Pasivo sale nuevamente a escena y propicia la realización de un acto con el objeto de facilitar a uno de sus miembros la presentación de su obra. Como en otras ocasiones, el Ministerio de Relaciones Exteriores nos brinda este magnífico escenario, deferente actitud que agradecemos de muy efusiva manera.

Los que integramos dicha Asociación, cumplida ya nuestra tarea, formamos un pequeño cenáculo en el que atizamos constantemente el sacro fuego del patriotismo, entendido éste como una manifestación consciente y responsable de nuestros deberes cívicos. Al propio tiempo, mantenemos latentes nuestros vínculos con esta noble Institución, verdadera "Alma Mater" de quie-

(*) Discurso pronunciado en los Salones del Ministerio de Relaciones Exteriores el miércoles 18 de octubre de 1989.

nes tuvimos el singular privilegio de ser miembros de carrera de la Diplomacia Ecuatoriana. Como en el mito heleno representado por la "Victoria de Samotracia", no obstante haberse producido la ablación que nos ha separado del tronco principal, nos quedan aún las alas para dotar a nuestro espíritu del impulso visceral que nos permita elevarnos nuevamente y trazar parábolas en el límpido cielo de esta bendita tierra que plugo a Dios hacerla nuestra.

Tengo para mí —y en ello existe asenso casi unánime— que la indecisión constituye un pesado lastre en la conducta humana. Con cuanta razón pudo afirmar Paul Valéry, que "hay hombres que prefieren permanecer en el seguro terreno de la ribera antes que enfrentar al torrente y alcanzar la otra orilla". En cambio, la decisión de hacer frente a las circunstancias, de arrostrar el peligro y conjurarlo entraña, desde antiguo, no sólo una actitud positiva, sino, primordialmente, una demostración de valentía y de arrojo.

En nada se observa más una situación de tan marcada ambivalencia que en tratándose de la publicación de un libro! En lo que a mí concierne, no he podido sustraerme al dilema que se le plantea a todo aquel que se arriesga a publicar una obra, a lanzarse a la estacada y a ponerse a prueba frente al crítico y al lector.

Los griegos, esos sutiles e inimitables forjadores del pensamiento, daban el calificativo de "kalos kindinos", de "riesgo fascinante", a toda empresa de sentido y proyección intelectivos. Al decidirme conscientemente a afrontar el riesgo que está implícito en la presentación de un libro, hago mía la conocida expresión que profiriera Julio César al atravesar el Rubicón y, con esperada

cautela y meditado optimismo, me atrevo a decir con él: "alea jacta est", "la suerte está echada...".

Mucho pensé, medité y reflexioné en torno al título que podía o debía poner a dicha publicación. Me decidí por "LAS VOCES DE LA PATRIA" por cuanto considero que el diplomático, en su calidad de heraldo que porta en sus manos el confalón nacional, es quien, en la medida de sus posibilidades, lleva la voz cantante y sonante del país al que representa cuando entra en contacto con el mundo externo. El libro que hoy presento a la consideración del lector ecuatoriano recoge, en una secuencia espacio-temporal, las voces que sonaron y repercutieron a lo lejos y que, en su momento, portaron un mensaje que tenía como cardinal propósito el proyectar, en los distintos y distantes paralelos y meridianos a que me llevó mi trashumante misión diplomática, una vívida, actualizada, congruente y afectuosa visión de las múltiples fases de nuestra realidad histórico-cultural.

Cuando las Ordenes de Caballería lucían su esplendente atuendo y desplegaban su preponderante influencia en la cerrada sociedad estamental de entonces, aquel que deseaba pertenecer a ellas o que quería, por propia cuenta, emprender su camino precedido de buen augurio, buscaba y designaba a la persona de rango y de prosapia para que le invistiese caballero mediante el ceremonioso y simbólico "espaldarazo". Aunque sin someterme a los ritos de antaño pero con similar propósito, he tenido la fortuna de recibir el espaldarazo de parte de una personalidad de la categoría moral e intelectual de Armando Pesantes García, quien se ha dignado poner las palabras liminares a mi obra por medio de un enjundioso Prólogo en el que

el amigo —vale decir, la afectuosa condescendencia— le ha ganado la partida al crítico y en el que, por lo alto, se refiere a mi esfuerzo en términos que, con mucho, exceden los muy modestos rangos y cuantías de los que él, muy amablemente, me cree poseedor. Que sea ésta la propicia ocasión para expresar públicamente al Embajador Pesantes García —Ex-Canciller de la República y quien con su sapiencia, honorabilidad y experiencia prestigió por muchas décadas al Servicio Diplomático del Ecuador—, mis profundos, sentidos y sinceros agradecimientos por la noble y generosa actitud tenida para conmigo, actitud que compromete mi indeficiente gratitud y, al dedicarle este merecido y franco elogio, poder hacer mío el elocuente aforismo francés: "a todo Señor todo honor".

"LAS VOCES DE LA PATRIA" está integrado por un Prólogo, por una Introducción y por trece Capítulos dedicados, en orden cronológico, a las conferencias que, en mi calidad de representante diplomático del Ecuador, pronuncié en el exterior entre 1961 y 1986. Creí interesante, en la parte introductoria, efectuar una somera reseña de los países en donde desarrollé mi labor, así como de los personajes de internacional renombre que me fue dado conocer de cerca o seguir sus pasos. Ese recuento, al que he denominado "escalas de un largo y fructífero itinerario", tiene el esencial objetivo de situar mi trabajo dentro de las indispensables coordenadas de tiempo, lugar y circunstancia, por cuanto gran parte de los países que allí aparecen mencionados fueron los propicios escenarios en donde me cupo el muy señalado honor de actuar.

Constituye, creo yo, una suerte de verdad inconclusa aquella de que nada

tonifica más el espíritu que ahondar en el ignoto pasado. Marañón, plenamente consciente de esta realidad, nos dirá que "saber es hundirse en las galerías del pasado", es decir, agregaría yo, proyectar sobre él los haces de luz de la investigación. Es pues necesario empuñar firmemente la esteva y hender el arado en la tierra no sólo para fructificarla con el mover y remover de sus esencias, sino para extraer de ella los tesoros que el tiempo ha escondido.

Como el hombre es, por antonomasia, sujeto de la Historia, para comprender y aquilatar en su justa medida el presente, debemos necesariamente indagar quiénes fueron los que nos antecedieron en el periplo terrestre y, sobre todo, qué es lo que hicieron a fin de poder entablar, entre ellos y nosotros, una indispensable relación causal. Los ensayos que constan en "LAS VOCES DE LA PATRIA" tratan de poner de especial relieve el accionar del hombre ecuatoriano desde el umbral, cargado de niebla y de distancia, de nuestra primera historia. En este sentido, llamé la atención de mis numerosos cuanto diferentes auditorios sobre el arte, aún en agraz, que se dio en nuestra prehistoria, en que el primitivo habitante de estas tierras, llevado por su magia digital, plasmó en la arcilla matriz que se transformaba en sus proteicas manos las maravillas que, con los nombres genéricos de "Cultura Valdivia", de "Cultura Machalilla", de "Cultura Chorrera" y de otras tantas, han llamado poderosamente la atención de quienes las han estudiado. Discurrí ampliamente en torno al llamado período colonial que produjo la "Escuela Quiteña de Arte", verdadero paradigma de su género en el amplio ámbito hispanoamericano, así como realcé el sin igual heroísmo de los Patriotas Quiteños, que con sus flamíferas

proclamas echaron a rodar la lava incandescente de su espíritu liberador y contagiaron a sus conciudadanos por emprender, de consuno, en la homérica empresa de plantar la sacrosanta enseña de la libertad en el amurallado alcázar del Imperio Colonial Español en América. Ponderé el papel histórico que correspondió a Quito, ciudad ínclita y periférica, que en la inmarcesible hazaña del 10 de Agosto de 1809 supo plantar un fogaril de deslumbrantes y esperanzadas proyecciones en la tenebrosa noche del coloniaje y a la cual dirigieron sus ojos los americanos que la miraban y admiraban en su andino atalaya. Me referí, asimismo, al inigualable honor otorgado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura al declarar, en 1978, a su Centro Histórico, "Patrimonio Cultural de la Humanidad" y expresé que son muchos los celemines de incienso que se han quemado en elogio de Quito, Capital y nervio vital de los ecuatorianos, pero que ninguno se igualaba al merecido cognomento con el cual, desde esa grávida fecha, se la conoce universalmente. En las semblanzas de Juan Montalvo y de Juan León Mera tracé un escorzo de esas dos vidas que, aunque no plutarqueanamente paralelas, entrafaron, sin embargo, esplendorosos hitos en la historia de la cultura ecuatoriana. En mi constante inmersión en las plácidas aguas de nuestra literatura, destacué sus más prominentes valores de antaño y de hogaño y me referí, aunque con las limitaciones propias de una conferencia, a la poesía, a la novela y al relato ecuatorianos, resaltando sus figuras de más prominente notoriedad. Exalté, a la vez, los valores de la moderna plástica nacional tanto en una intervención como Jefe interino de la Misión Diplomática ecuatoriana en Bonn,

como en mi entonces calidad de Director General de Relaciones Culturales de esta Cancillería.

El péndulo de la Historia oscila constante y vertiginosamente. El tiempo corre incontenible como la linfa clara sobre la cresta de la ola. "Fugit irreparabile tempus" nos diría Virgilio, afirmando, con ello, una realidad existente desde un tiempo sin memoria. En contra de lo que acontece en la naturaleza, en donde el eterno retorno marca rigurosamente el compás, en el ser humano el transcurrir del tiempo es irreversible por cuanto el ayer no retorna, el presente casi no existe y el futuro señala el límite de nuestra supervivencia, y si bien es cierto que no nos es factible dar más años a nuestra vida, Dios nos ha otorgado, como una suerte de excepcional contrapartida, la posibilidad de dar más vida a nuestros años, pero no desde un punto de vista hedonista y epicúreo, sino con una vida fecunda en realizaciones espirituales e intelectuales. "Lo más importante —nos dijo ya Séneca allá en los primeros años de nuestra Era— no es el mayor o menor número de años vividos sino, fundamentalmente, la forma como se los ha vivido", trascendente concepto que Rodó hizo suyo en la proclama que dirigiera a la juventud iberoamericana en las páginas de aquel libro cenital que es "ARIEL".

Goethe, el Patriarca de Weimer, que tuvo un muy claro concepto de la realidad, nos dejó escrito que "la vida es una continua sucesión de instantes". Me parece, en efecto, que fue tan sólo ayer que aquel joven lleno de esperanzas que era yo marchaba en 1947 a Estados Unidos para dar inicio a la carrera diplomática, que habría de prolongarse por espacio de cuatro décadas. No me parece tan lejano el día, a principios de

1954, cuando fui llamado por primera ocasión a prestar mis servicios en la Cancillería luego de una ausencia de siete años, transcurridos entre las Misiones diplomáticas y Oficinas consulares en Washington, Nueva York y Bonn. Mis voces y mis pasos juveniles resonaron entonces en los mismos Salones en donde mi espíritu se llena hoy de nostalgia y en donde mis palabras se cubren con el obsidiano manto de la despedida. Aurora y crepúsculo que, como todo extremo, se juntan dentro del juego dialéctico que, de manera inexorable, debemos enfrentar a lo largo de nuestra existencia. Instantes que se suceden que se entrecruzan, que se entrelazan en nuestra vida, la cual, al decir de Shakespeare, no es sino un gran escenario en el que nos movemos, actuamos y morimos...

Del uno al otro extremo de la eclipsis que recorrí en mi actividad diplomática me preocupé, con renovada y patriótica constancia, de difundir los fundamentales valores nacionales en el significativo terreno de la cultura. "LAS VOCES DE LA PATRIA" constituye pues un fehaciente testimonio de esa actividad que siempre he tenido como la más importante de un diplomático. Por disposición de la correspondiente Ley, dejé de pertenecer al Ministerio de Relaciones Exteriores a finales de 1987. Como en el caso del provento gladiador que ha luchado sin pausa, sin tregua y sin cuartel, me alejé de la arena a fin de dar paso a las jóvenes generaciones, las cuales, con el aporte de su sangre nueva, deberán contribuir a revitalizar el organismo institucional. Pero el acibar de la separación se vio grandemente compensado por el coetáneo ingreso a la carrera diplomática de mi hijo Leonardo luego de haber cum-

plido con todos los requisitos contemplados en la Ley Orgánica del Servicio Exterior, es decir, formación universitaria, participación exitosa en concurso público y aprobación de estudios en la Academia Diplomática. Al producirse, en forma coincidente, el relevo de posta, le transmití mis paternales deseos por el éxito en la noble y honrosa carrera que ha escogido, para la cual me atrevo a pensar que él está anímica y académicamente preparado.

Se dice, con toda propiedad, que detrás de todo hombre se proyecta, para su bien o para su mal, la sombra de una mujer. En mi caso, Dios me ha premiado una vez más al haberme dado a Renate, cuya sombra tutelar me ha acompañado desde aquel lejano 20 de Marzo de 1954 cuando ante su altar juramos amarnos, respetarnos, considerarnos y ayudarnos mutuamente. Desde ese entonces, en que abandonó su hermoso país, en que dejó atrás a sus padres, a sus familiares, a sus amigos, a su nacionalidad, no sólo que ha sido mi cariñosa y fiel esposa y la madre de mis hijos, sino mi confidente, mi mejor amiga, mi más confiable consejera, con quien he compartido el pan y la sal, las risas y las lágrimas, las alegrías y los pesares, en fin, los momentos de amor y de esperanza. No obstante su distinto origen, supo, en todo momento, asumir con extraordinaria responsabilidad, la parte que le tocó en el importante aspecto de la representación, significativa tarea que la cumplió en forma realmente extraordinaria. Estas estrofas de justo y merecido elogio no constituyen una doxología impuesta por las circunstancias o por los lazos afectivos que nos unen, sino que quieren testimoniar públicamente mi ferviente agradecimiento a la mujer que estuvo siempre a mi lado y que contribuyó, con su presencia y

con las virtualidades que la adornan, al éxito de la misión que ejercí por tanto tiempo.

Al cerrarse definitivamente el círculo y el bajarse el telón del escenario en que actué por tan largo período, deseo, en primer lugar, elevar una plegaria de gratitud a la Divina Providencia por haberme otorgado el privilegio de formar parte de una profesión que honra y dignifica a quien la ejerce, y por haberme dado la posibilidad de servir a la Patria con la dignidad, el decoro y la responsabilidad que ella espera de parte de aquellos a quienes ha conferido la señalada distinción de representarla más allá de sus fronteras. Agradezco a todos aquellos que estuvieron a mi lado en el largo camino recorrido, ya sea como jefes, ya como compañeros de ruta o ya como colaboradores. Mi gratitud para todas aquellas personas, tanto dentro como fuera de Cancillería, que se dignaron extenderme una mano amiga y brindarme su generosa ayuda. Mi especial reconocimiento al Embajador Mario Alemán Salvador, quien, desde el primer momento en que le entregué los originales a fin de que se los estudie y se me otorgue la respectiva autorización para publicar mi libro por cuanto su contenido forma parte de los Archivos de este Ministerio, se sirvió demostrarse su favorable disposición, al igual que cuando me permití solicitarle que dirigiera unas palabras introductorias en este acto. Como funcionario de carrera que es, estima y aprecia los esfuerzos de aquellos que, aunque alejados de esta noble Institución, la seguimos admirando y sirviendo desde nuestra actual perspectiva. Gracias, al propio tiempo, por sus amables como expresivas frases dedicadas a mi persona y a mi obra. Un agradecimiento muy singular a Filoteo Samaniego Salazar por su brillante pre-

sentación, así como por las frases de aliento pronunciadas con respecto a mi persona y al libro que hoy presento. Forjado en el troquel de los seres nobles de espíritu, digno continuador de los de su ilustre linaje, ha sustraído invalorable horas a su muy limitado tiempo para honrarme con el estudio crítico a mi obra. No obstante *compartir con Ortega y Gasset* el criterio de que "las ideas y los conceptos necesitan de la crítica como el pulmón del oxígeno", pasa por alto las fallas y defectos de "LAS VOCES DE LA PATRIA" y pondera solamente aquello que, acorde con su respetable criterio —no olvidemos que Filoteo no es sólo poeta, sino ensayista, crítico de arte, periodista, hombre de amplia cultura, en fin, miembro de esa minoría selecta que honra al país— merece destacarse. Es el eterno y reconfortante rito de la amistad que, cuando es sincera como la nuestra, contribuye a tornar macroscópico aquello que no lo es. Por último y antes de hacer mutis por el foro, séame permitido, con el respeto y consideración debidos, repetir aquellas palabras que Pablo de Tarso dirigiera a Timoteo en momentos en que las envolventes sombras del crepúsculo se posaban, amenazadoras, en su luminosa vida: "He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he conservado la fe".

